

a sabiduría de los hombres; y si estamos de acuerdo con los que afirman que no es posible formar un paralelo exacto entre los oradores de la antigüedad y los primeros oradores cristianos, ni entre estos y los que posteriormente se dedicaron á la predicacion, no creemos sea este el punto de vista mas acertado bajo el cual debemos juzgarlos. Para que los términos de la comparacion pudiesen aceptarse, era preciso que los Apóstoles nada hubiesen conseguido, nada hubiesen alcanzado con sus discursos. Si no brillaron en sus predicaciones como oradores perfectos, si no supieron ser elocuentes, ¿de qué manera se esplican sus triunfos? ¿de qué modo los admirables efectos de su predicacion ante distintos y muy diversos auditorios? El estilo de sus discursos era sencillo, natural, claro, espresivo, vehemente ó sublime cuando así lo requería la grandiosidad de los objetos y su palabra, la mas propia de los tiempos y de las personas á quienes se dirigian. San Pablo fué mas elocuente en Atenas que en Efeso, y con sus discursos en el Areópago hizo que los sábios le mirasen con respeto; ante Agripa y Festo estuvo tan elocuente, que llegaron á tomarle por Mercurio, dios de la elocuencia, intimidando á todos, no solo por las verdades que enseñaba, sino por el modo enérgico con que las demostraba (1).

Conviene anticipar aquí que San Pablo fué el Apóstol de las gentes, toda vez que Dios le habia destinado principalmente á predicar á los gentiles, convirtiendo en ministro de su palabra al que habia sido perseguidor de su fé: al leer sus escritos se admira sin querer la flexibilidad de su estilo, la oportunidad en acomodarle á los pueblos á quienes enseñaba,

(1) Act. cap. 14, v. II.

y el empleo de las figuras retóricas é imágenes bellas que no merecen ciertamente de las que se elogian en los mas famosos oradores profanos: Grotio alaba á San Pablo en este mismo sentido (1).

Los Apóstoles tratan objetos grandes y sobre ellos discurren de una manera admirable: los hechos de su vida se reflejan en una historia llena de discursos persuasivos y trabajados con arte (2): las epístolas de todos están escritas con dulzura, facilidad y claridad, virtudes propias para instruir y excitar (3); y hasta en la conservacion de algunas de las espresiones propias de su primitiva condicion revelaban al mundo que habian pasado por obra de Dios de la ignorancia á la verdadera sabiduría. Los Apóstoles quisieron confundir el orgullo de los filósofos y la soberbia de los sábios, haciendo ver que la obra de Dios no mendiga una elocuencia pomposa, porque el Señor, celoso de su gloria, no habria de consentir que la ejecucion de sus designios tuviese un origen equívoco ó mal interpretado. Por eso Jesucristo se valió para predicar la verdad de unos hombres que, aunque de índole rústica é ignorante, eran dóciles á sus preceptos. «Después de haberlos instruido, dice el Obispo de Befá, con sus divinas lecciones, é ilustrado por el espíritu de la sabiduría, conservaron en muchas ocasiones aquellas señales inocentes de su primera educacion, no solo para familiarizarse con los pueblos que pretendian convertir, sino para desengañar que no era debido á ellos cuanto hacian

(1) Resum sublimitatem adæquans verbis sublimioribus, quam ulla numquam habint lingua humana. Grotio in I ad Ephes.

(2) P. Rapin, Reflex sur l'éloquence.—Véase á San Leon papa, De Transfiguratione.

(3) Véase á San Agustín, lib. 4 de Doct. crist.; al abad Lami, De Eruditione apostolorum.

de extraordinario para promover la obra de la redencion. Las palabras de los Apóstoles cuando proponen los misterios, son suaves; vehementes, cuando combaten el vicio. Sus lábios, que fueron los instrumentos mas dignos para que los hombres recibiesen la gracia, y los mas á propósito para cooperar al establecimiento de la religion, ¿cómo podrian carecer de una elocuencia verdadera? Digamos, sí, que fueron elocuentes por un modo particular, efectivo y muy superior á todos los adornos de la elocuencia profana (1).» En este sentido la elocuencia de los Apóstoles es inimitable, mas aun, imposible de ser juzgada con acierto: los admirables efectos de su predicacion muestran á sus sucesores en tan augusto ministerio hasta qué punto necesitan ser dóciles á las inspiraciones de la gracia, y guiados por ella poner en Dios el resultado de sus tareas. No era suficiente que los Apóstoles moviesen el corazon y sorprendiesen con sus palabras el espíritu, era necesario que hiciesen brillar refulgente la antorcha de la fé, atrajesen al hombre á la verdad y le decidiesen á hacer penitencia; he aquí lo que ellos consiguieron y á lo que el orador sagrado está llamado en todos tiempos.

Sin una fé viva, sin un valor heróico, sin una constancia y un deseo vehementísimo, sin un celo verdaderamente apostólico y una virtud acrisolada, en vano serán todos los esfuerzos para hacerse oír de las almas extraviadas y los corazones pervertidos en quienes los Apóstoles ejercitaron su elocuencia, apelando

(1) Illud magis admiror et stupeo, quod nostri ita usi sint eloquentia per alteram quoddam eloquentiam suam, ut nec eis deesset, nec emeret in eis, quia nec improbari ab illis, nec ostentari oportebat, quorum alterum fieret, si vitaretur, alterum posset si agnosceretur. Aug. I. 4 de Doct. crist. apud Humbelot. Sac. Bibliorum Notio General, lib. 2, c. 3, sect. 2.

á los recursos del cielo, y no á los de una retórica mundana, impotente y estéril por sí sola para producir tan inmensos beneficios.

Si los discursos que la tradicion y la Iglesia nos han conservado de los Apóstoles, si los resultados de su predicacion no fueran suficientes para imponer silencio á los cristianos severos, que los han censurado como incorreptos y faltos de todo mérito literario, el tercer medio que los discípulos del Señor adoptaron para mantener viva la fé en los que le habian convertido, seria suficiente para alejar toda vacilacion, toda duda sobre este particular, aun á los mas exigentes y descontentadizos.

Las *cartas* que los Apóstoles dirigen á las iglesias, son verdaderos monumentos de elocuencia sobre los cuales no podríamos guardar silencio en este libro, y á ellas se debió en mucha parte el triunfo y la rápida propagacion de la verdad en todas las naciones: basta leer estos escritos, de cuya autenticidad no nos es lícito dudar, para venir en conocimiento de las grandes cualidades que adornaban á sus autores, del gran conocimiento de las pasiones y de su gran tacto para saber herir las fibras mas delicadas del corazon. «Es el mismo Dios el que habla en los escritos apostólicos. ¡Qué profundidad de pensamiento en San Pedro! ¡Qué fuerza de teología en San Pablo! ¡Qué vivacidad de imágen en San Judas! San Juan, ¡qué ternura de sentimientos! Santiago, ¡qué pureza de moral! San Lucas, ¡qué exactitud, qué prevision, qué verdad en la historia! La hermosura, brillantez y elocuencia de estos libros, no tienen semejante (1).»

(1) Palabras interesantísimas, dichas por el actual Arzobispo de Toledo, y que reproducimos en este sitio por su exactitud y oportuna aplicacion.

El estilo de los discursos y el de las cartas Canónicas (1) de los Apóstoles, no es rudo, incorrepto y desaliñado como algunos lo califican con demasiada ligereza, y acaso sin leerlos con detención; revelan, por el contrario, grandes dotes, grandes cualidades, que los oradores sagrados de todos los tiempos debieran apresurarse á estudiar: no hay afectación en la frase, ni violencia en los giros, ni exageración en las imágenes, ni demasiado color en las tintas, ni enfadosa erudición, ni en ellos se rinde culto á una vanidad impropia de quien habla, no para hacerse aplaudir, sino para levantar el espíritu á Dios y dominar las pasiones. La elevación de estos monumentos, que deben tenerse muy presentes por cuantos se dediquen al púlpito, está no solo en la *idea*, como algunos sostienen, sino en la *forma*: la mas propia, la mas aceptable para el púlpito, donde nada dice mejor que la sencillez y la *familiaridad*: *sermo* en latin y *homilia* en griego, significan esto mismo, y la homilia fué en los primeros tiempos del cristianismo, y debiera ser muy particularmente en nuestros dias, á donde debiera encaminar sus miras el orador sagrado.

La gran dificultad de la predicación consiste en hacer, no solo que los oyentes se interesen en las verdades de que se habla, como decia el abad Fleuri, sino en que esas verdades lleguen á serlo para todos aquellos á quienes se enseñan; dificultad que no lo fué nunca para los Apóstoles, ni en sus discursos,

(1) El nombre de *Canónicas*, que comunmente se les dá, puede significar que contienen reglas importantes para la conducta de las costumbres é instrucciones sobre materias de fé. El nombre griego *cánon*, de donde se deriva el de *canónico*, significa propiamente una regla. Tambien pueden llamarse canónicas por estar contenidas en el canon de las divinas Escrituras. Concil. Laodicen. Cán. 60. Casiodor, de Institut. Divin. Litt., cap. 8. Hieron. seu alius, Prolong. in Epist. Canonic.

ni en sus cartas, tan breves en palabras, como abundantes en sentencias, tan llenas de unción, como sucintas y encaminadas directamente al objeto que se propusieron al escribirlas (1).

Añadamos, pues, á cuanto hemos dicho hasta ahora acerca de la elocuencia de los Apóstoles, lo que la detenida lectura de las epístolas de Santiago, Pedro, Juan y San Judas Tadeo nos inspiren, y tendremos completo el estudio de esta época de la predicación, sobre la cual no podemos detenernos en mayores consideraciones, atendido el largo espacio que para concluir nuestras tareas nos falta que recorrer (2).

San Pedro.

La primacía entre los demás Apóstoles de Simon Pedro, hijo de Juan, nacido en Betsaida, pueblo de Galilea, cerca de

(1) «Tam mysticas quam succintas: et breves pariter, et longas, breves in verbis, longan in sententiis.»—San Gerónimo, Epist. á Paulino.—«Los Apóstoles oran. Los cielos se abren. El Espíritu Santo baja. Todos quedan llenos de este ardor divino. Iluminados, conducidos, confortados por la virtud de ese Dios, que es caridad, predicán á Jesucristo, fundan la religion, propagan el Evangelio, estienden la fé por todo el mundo y la rubrican con su sangre. De esta sangre derramada sale una nueva Iglesia, fecunda en Mártires, Pontífices, Doctores, Vírgenes, Anacoretas; y el mismo Espíritu Santo la ilumina, la gobierna, la conforta, perpetuándola hasta el fin de los siglos, contra todo el poder de los tiranos, de los hereges, de los incrédulos, de todo el abismo, que no podrá prevalecer contra ella.»

(2) Los autores griegos y latinos á quienes puede acudir para decidir cuál deba ser el orden que guardan entre sí las epístolas canónicas, no están conformes en decidirlo, y nosotros no entraremos á dilucidar este punto, ajeno de nuestra competencia. Tampoco debemos parar nuestra atención en el número verdadero de estas epístolas, recomendando á nuestros lectores sobre estos puntos la lectura de dos obritas algo raras que hemos tenido á la vista al escribir estas líneas: la una se titula *Version parafrástica de las Epístolas canónicas*, por el P. F. Ricardo Valalobre, año 1787, y la otra *Epístolas católicas*, traducidas por Don José Rignal.

la embocadura del Jordan, en el lago de Genesaret, es un hecho confirmado por diversos pasajes del Evangelio.

Pedro puede decirse el primer Maestro de la humanidad regenerada: modelo de creyentes, de arrepentidos, de doctores y mártires, reclama en nuestro libro un puesto distinguido, una mencion especial, y al otorgársela, no rebajamos en nada el mérito de los demás Apóstoles, que con su predicacion y sus escritos difundieron la luz y disiparon las tinieblas de la ignorancia y la impiedad.

Elegido por Jesucristo Simon Pedro para ser el fundamento de su Iglesia, es el primero que promulga la ley evangélica en Jerusalem, el primero á quien se revela la gran mision de llevar á tierra estraña la palabra de verdad, y el primero tambien que se dirige á Roma con el fin de destruir los ídolos y echar los cimientos de una monarquía que no acabará nunca. Toda lengua pronunciará el nombre de Pedro en la continuidad de los siglos, y el Príncipe de los Apóstoles, viviendo en sus sucesores, gobernará siempre el timon de esa misteriosa barquilla, espuesta al furor de la tormenta, pero contra la cual las olas mas embravecidas nada son por espresa voluntad del Señor.

Todos conocen la vida de Simon Pedro: los genios mas privilegiados se han complacido en revelarnos el fruto de sus meditaciones sobre ella, y hasta las artes mismas han rodeado su tumba de maravillas de inestimable mérito y valor: Simon Pedro, como Apóstol, como Pontífice, como Mártir, es superior á todo elogio; su *palabra* constituye sin embargo el gran secreto de su poder y de su gloria.

Rodeado de los suyos (1), ante un concurso numeroso,

(1) De los once.

compuesto de gentes diversas (1), es el primero que se levanta y dice:

—Varones de Judea y todos los que habitais en Jerusalem, oíd mis palabras con atencion: no están estos embriagados como pensais, ni estarlo podrian á la hora de terciá, segun la ley (2).

Sucede hoy lo que fué dicho por el Profeta Joel:—Acontecerá en los postreros dias, dice el Señor, que derramaré de mi espiritu sobre toda carne (3), y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas, y vuestro mancebos verán visiones, y vuestros ancianos soñarán sueños.... y daré maravillas arriba en el cielo, y señales abajo en la tierra de sangre, fuego y vapor de humo (4), y el sol se convertirá en tinieblas y la luna en sangre, antes que venga el dia del Señor grande é ilustre. Y todo aquel que invocare el nombre del Señor, será salvo.

Varones de Israel, escuchad estas palabras:

A Jesus Nazareno, varon aprobado y autorizado por Dios con virtudes, prodigios y señales que por él obró á vuestra vista, como bien lo sabeis, á este que por determinado consejo y presencia de Dios os fué entregado, lo matásteis, crucificándole por infemas manos.

Pero Dios le ha resucitado libre de los dolores y ataduras de la muerte y del infierno, por cuanto era imposible que él

(1) Véanse Partos, Medos y Elamitas: los moradores de Mesopotamia, de Judea y de Capadocia, del Ponto y del Asia: los de Frigia, de Panfilia y del Egipto: los de la Libia, Cirene, Grecia y Roma: los Cretenses y los Arabes.—Josefo dice que el concurso no habia sido tan numeroso ninguna otra Pascua, porque todo el mundo estaba convencido de que muy pronto habian de tener cumplimiento los oráculos de los Profetas sobre la venida del Mesias.

(2) Tres horas despues de salido el sol, y como las nueve de la mañana: á esta hora acudian al templo los judíos en ayunas, para asistir al sacrificio y á la oracion de la mañana, y aun con mas estrechez en las fiestas solemnes.—P. Scío.

(3) Sobre todo hombre, sea judío, sea gentil.—P. Scío.

(4) Naporem fumi.—E bafio de fumo.

fuera presa de ella, ni detenido en tal lugar. David dice de él:—Ponia siempre al Señor delante de mí, porque estando él á mi diestra «para ampararme y defenderme,» no podré ser turbado ni conmovido. Por esto se alegró mi corazón y se regocijó mi lengua, y mi carne reposará en esperanza, porque no dejarás mi alma en el sepulcro, ni permitirás que el cuerpo de tu santo experimente corrupción: me hiciste conocer los caminos de la vida y me henchirás de gozo con tu presencia.

Hermanos míos, séame lícito deciros con libertad, que David murió y fué enterrado, y su sepulcro está entre nosotros aun en el día de hoy. Siendo, pues, Profeta y habiéndole Dios asegurado con juramento que uno de su posteridad y linaje se asentaria sobre su trono, de la resurrección de Cristo habló, que ni fué dejado en el sepulcro, ni su carne experimentó corrupción. A este Jesús resucitó Dios, de lo cual somos testigos todos nosotros.

Así que, ensalzado por la diestra de Dios y habiendo recibido del Padre la promesa del Espíritu Santo, lo ha derramado sobre nosotros como lo veis y oís. Porque David no subió á los cielos, antes el mismo dice:—Jehová, «el ser por esencia,» dijo á mi Señor:—Siéntate á mi diestra, hasta que ponga tus enemigos por tarima de tus pies.

Sepa, pues, toda la casa de Israel de un modo cierto, que Dios hizo Señor y Cristo á este Jesús á quien vosotros crucificásteis.

Oído este razonamiento y entendido por todos, compungido el corazón, dijeron á Pedro y á los otros Apóstoles:—Varones hermanos, ¿qué haremos?—Pedro les respondió:—Arrepentíos, y cada uno de vosotros sea bautizado en el nombre de Jesucristo para remisión de vuestros pecados, y recibireis el don del Espíritu Santo, porque para vosotros es la promesa, y para vuestros hijos, y para todos los que están lejos, cuantos llamare á sí el Señor nuestro Dios. Y se arrepintieron en efecto, y reci-

bieron el bautismo en aquel momento cerca de tres mil personas.

Milagro es este que se realiza en virtud de las palabras del Príncipe de los Apóstoles y que se reproduce en mayor escala mas de una vez. ¡Qué magia, qué atractivo no debia tener el acento, la convicción con que San Pedro pronunciaria sus discursos, cuando así conseguia la conversión de los que le escuchaban!

Después del primer discurso que pronunció San Pedro se verificó un milagro en la persona de un parálitico, que á presencia del pueblo entró con ellos en el templo y alabó y confesó á Jesucristo como Dios verdadero.

Sorprendidos todos, oyeron de nuevo la voz de Pedro:

«Varones Israelitas, les dijo, ¿por qué os maravillais de esto, ó por qué poneis los ojos en nosotros, como si por nuestra virtud y poder hubiéramos hecho andar á este? El Dios de Abraham, y el Dios de Isaac, y el Dios de Jacob, el Dios de nuestros padres ha glorificado á su hijo Jesús, á quien vosotros entregásteis y negásteis delante de Poncio Pilato, juzgando él que se debia librar.

Vosotros negásteis al santo y al justo y pedisteis que se os diese un hombre homicida, y matásteis al autor de la vida, á quien Dios resucitó de entre los muertos, de lo cual nosotros somos testigos.

Y en fé de su nombre ha confirmado su nombre á este que vosotros habeis visto y conoceis; y la fé que es por él, le ha hecho sano en presencia de todos vosotros.

Ahora, hermanos, yo sé que lo hicisteis por ignorancia, como tambien vuestros príncipes; pero Dios, que tenia anunciado por boca de sus Profetas que Cristo padeceria, así lo ha cumplido.

Arrepentíos, pues, y convertíos, para que vuestros pecados os sean perdonados.....»

Y en efecto, oído este segundo sermón fueron cinco mil los convertidos, sin contar las mujeres y niños, y los muchos que ocultarian su decisión, temerosos de revelarse á los ojos de los sacerdotes y los saduceos, que desde este momento comenzaron la persecucion contra los discípulos del Señor, obligándoles á reconocer en la ceguedad de su entendimiento y en la perversion de su alma, la estéril tierra en que, si continuaban predicando en Jerusalem, caeria la semilla preciosa de la verdad.

Pedro partió á Samaria, donde San Felipe diácono habia enseñado la fé; y dando Espiritu Santo á los convertidos, desechó de sí á Simon Mago, que á precio de oro quiso adquirir la gracia, y con ella los dones sobrenaturales de que sus hijos se hallaban revestidos en abundancia.

Antioquía, el Ponto, la Galacia, Bitinia, Capadocia y Asia tuvieron la dicha de oír la palabra de Simon Pedro (1), que acomete por último la empresa de dirigirse al Capitolio, fortaleza armada y terrible de los falsos dioses (2); á Roma, metrópoli del mundo, para establecer allí un nuevo culto, una nueva creencia, llamada á destruir al cabo de algunos años toda odiosa tiranía en nombre del que vino á librarnos de todo error, de todo pecado, de toda mentira, de toda dominacion, en fin, inicua y vergonzosa.

¿Quién era Simon Pedro, el humilde pescador de Genesaret, para atreverse á emprender tan colosal propósito? ¿qué fuer-

(1) Estos sucesos podemos referirlos á los años 37 al 44 de la era cristiana.

(2) Mr. Veuillot, *De quelques erreurs sur la Papauté.*

za misteriosa le impulsa? ¿qué secreto alienta su espíritu? ¿en qué funda sus esperanzas? Jóvenes que aspirais al sacerdocio, ya habreis contestado á mis preguntas. Simon Pedro ha oído la voz de Dios; Simon Pedro ha sido fortalecido por Dios; y Simon Pedro funda todas sus esperanzas en las promesas de Dios. Ved aquí el fruto de estudiar detenidamente la historia de la predicacion antes de subir al púlpito: ¿en qué libro están escritas estas reglas de conducta infalibles, seguras, para predicar bien? Seguidme, pues: no me dejéis solo en la senda que hemos emprendido, y enseñanzas recogeréis en que antes de hoy acaso no habriais parado vuestra atencion.

Cualquiera que hubiese visto á Pedro dirigirse á Roma para predicar la unidad de Dios, donde todo era Dios, menos Dios mismo (1): la libertad en el seno de toda servidumbre: la caridad en la escuela práctica de toda falta de amor y de sentimiento: la humildad en la pátria del orgullo, ¿no hubiese puesto en duda el éxito de su empresa (2)? Pues bien, Simon Pedro penetra solo en la ciudad de los maestros, de los filósofos,

(1) Bossuet.

(2) Tácito pinta admirablemente la córte de los emperadores, y Horacio, Juvenal, Marcial y Petronio las costumbres de aquella época: citas son estas que no podrán desecharse. De Grecia, Egipto y Oriente vino la corrupcion de costumbres á Roma. Basta leer á Aristófanes para convencerse á dónde llegaba en su tiempo la disolucion de los griegos, siendo cierto que no se hicieron mas sábios, y que desde la conquista de Alejandro se aumentaron mucho el lujo y la molicie. La historia de los reyes de Macedonia, Egipto y Siria abunda en ejemplos de toda suerte de vicios y desórdenes los mas monstruosos. Se sabe en qué reputacion estaban Alejandria, Antioquía y Corinto. Sabido es tambien cuán célebres eran para sus delicias y ociosidad las ciudades de Jonia y de la Asia Menor; pues bien, en medio de aquella corrupcion nació el Cristianismo, y en aquellas mismas ciudades se fundaron las iglesias mas ilustres. La corrupcion era general en todo el imperio romano; era pública, manifiesta, autorizada y consagrada por su falsa religion.